

COLORES

Casas iguales, calles iguales, personas iguales, pensamientos iguales.

Esa era su ciudad. Casas grises y cuadradas, vestimentas blancas y cabellos recogidos. La gente iba y venía por la calle en la misma rutina de siempre. No se oían risas de jóvenes ni lloros de bebés, tampoco los gruñidos irritados de los adultos que llegan tarde a algún sitio, ni siquiera cantos de pájaros. Solo se escuchaban pasos, coches y el viento.

Llegó a su casa, un gran bloque de cemento grisáceo con una puerta de latón. Por dentro, suelo de madera y paredes llenas de fotos. Los mismos muebles que las demás casas y los mismos utensilios.

Dio las buenas tardes a su madre y se encerró en su habitación a hacer los deberes. Terminó a la misma hora de siempre, se tumbó en la cama y pensó, como hacía todos los días.

Pensó en su vida, en lo aburrida que era. Pensó en las pocas historias que les contaría a sus hijos. Pensó en las mínimas aventuras que podría vivir allí. Pensó en todas las prendas blancas que pedía su hermano. Y de tanto pensar, empezó a imaginar.

Estaba tan metida en su mundo, que no se dio cuenta de que su ropa blanca se pintaba de azul.

El ruido que hizo la puerta de la habitación de su hermano al abrirse la sobresaltó, haciendo que el color desapareciese. Todos los días, a la misma hora, Ordinem se marchaba, volviendo varias horas después. Como siempre, esperó a que su hermano tocara la puerta.

-Zereg, ¿puedes salir un momento?- le preguntó su hermano.

Rápidamente ella se levantó y, cansada, abrió la puerta.

-¿Esto es lo que vas a hacer todos los días, Ordinem?- le contestó ella.

-No, aún no estas preparada- dijo haciendo caso omiso a la pregunta de su hermana. El hermano se sacudió su ropa nueva y acto después, desapareció por la puerta.

Nunca entenderá por qué su hermano, Ordinem, pedía que le comprasen tanta ropa.

Justo cuando iba a cerrar la puerta de su habitación, ocurrió algo diferente a los demás días: la madre de la niña la llamó.

-Zereg, cariño, ¿podrías ir a comprar las camisetas que pidió tu hermano?- le ordenó su madre, que sin esperar respuesta le dio la lista de las tallas.

Zereg, sin más remedio, salió de su casa. Por el camino, se imaginó las miles de aventuras que podrían ocurrir en ese pequeño tramo al centro comercial, haciendo que su clara ropa tornase a un rosa tan clarito que era casi imperceptible para el ojo humano.

Después de hacer la compra, empezó a caminar hacia su casa. Cuando, en una esquina atisbó a ver la cara de su hermano.

Llena de curiosidad, la chiquilla siguió a Ordinem por las calles. A veces, lo perdía entre la multitud blanca; pero rápidamente le volvía a encontrar, pues algo de lo que se había dado cuenta era de que la ropa de su hermano había pasado de blanco a rojo pastel.

Llegaron a las afueras de la ciudad, a un tupido bosque. Ordinem, se adentró en él, seguido de Zereg.

Caminaron y caminaron. La bolsa de la compra cada vez le pesaba más a la pequeña. Por fin, llegaron a un claro. En él, había un edificio, pero diferente a los demás. No era un edificio cuadrado y gris, si no que este estaba formado por materiales de diferentes colores y tenía torres tan altas que parecían rascacielos.



Zereg se quedó tan embobada observando esa extraña construcción, que no se había dado cuenta de que su hermano ya había entrado, y rápidamente se adentró en el extraño edificio. Dos puertas y una pequeña recepción. En una de las puertas se podía leer “Todos los mundos”. La otra rezaba “Libros en blanco”

-Perdone, ¿podrías decirme que puerta debo tomar?- le preguntó al recepcionista.

-“Eso depende en gran parte al sitio al que quieras llegar”-le contestó el hombre.

-“No me importa mucho el sitio”-siguió el juego Zereg.

-“Entonces tampoco importa mucho la puerta que tomes”

- Alicia en el país de las maravillas- terminando la parodia a la vez.

- ¿Cómo te sabes ese diálogo?, nunca te he visto por aquí- le preguntó el recepcionista.

-Mi hermano me contaba el cuento de pequeña- Zereg le respondió. Él sólo sonrió como si hubiese entendido y volvió la vista a las puertas, esperando a que escogiese una.

Se decantó por la primera, apareciendo en un lugar lleno de libros. En una de las paredes había un cartel con instrucciones:

- Coge un portal.
- Cierra los ojos.
- Pasa las páginas rápido.

Zereg pasó la vista por toda la habitación. En una oscura esquina hubo un libro que le llamó la atención. Lo cogió, cerró los ojos y pasó las páginas rápido. Sonrió al escuchar el sonido de las hojas. Abrió los ojos y la habitación había desaparecido, se encontraba en otro mundo, en una historia; y ella la leía.

Así pasaron varios días, Zereg iba al inmenso establecimiento, cogía un libro, pasaba las hojas y se encontraba en otro lugar. Poco a poco, la ropa de la muchacha fue cambiando a distintos colores, pero al salir de aquel lugar mágico, desaparecían.

Su hermano, cada vez pedía más prendas blancas a su madre. Zereg, extrañada por este comportamiento, se adentró en la habitación de Ordinem cuando éste se había ido. Y cuál fue su asombro al encontrar en la habitación, dos columnas de libros. La primera, en blanco; y la segunda manuscritos. Había una pareja de cada libro, con el mismo título y el mismo número de páginas, cada ejemplar en diferentes columnas.

Una ráfaga de viento sopló por la ventana entreabierta, haciendo que las débiles puertas del armario se abriesen. Zereg no pudo creer lo que veían sus ojos, prendas y más prendas de diferentes colores. Esto es lo que intentaba esconder su hermano, él también imaginaba y soñaba. Volvió a mirar los libros, y recordó las instrucciones. Cogió un manuscrito, cerró los ojos y pasó las páginas. Al abrirlos seguía en el mismo sitio. Extrañada, llegó a la conclusión de que esos libros no tenían magia.

-Todas las historias tienen magia- comentó una voz a su espalda. Zereg se dio la vuelta rápidamente. Ahogó un grito y dio un paso atrás, asustada. Había una persona. Pero no era una persona normal, estaba hecho de palabras.

-¿Q-Que e-eres?- preguntó Zereg.

-Soy un manuscrito, y exijo que me conviertan ya en libro impreso- le ordenó el manuscrito.

-¿Quién te escribió?- volvió a preguntar Zereg.

-Ordinem, obviamente. Cómo se nota que no has entrado en la segunda puerta.- le respondió.

-Pero, ¿dónde te escribió?- dijo curiosa.

-Un poco de servilleta, papeles cuadriculados... Bueno, ya veo que no puedes hacer lo que quiero así que esperaré- y el manuscrito volvió a su forma de libro.

Esa tarde, Zereg entró en la segunda puerta. Filas y filas de estanterías, y en el centro, decenas de mesas. Manuscritos contaban sus historias a sus escritores, y estos los convertían en libros impresos.

-¿Zereg?-oyó la voz de Ordinem detrás. Estaba sonriendo.- Te estaba esperando, y tus historias también- continuó. Empezó a andar hacia una esquina oscura, la niña le siguió a trompicones.

-Aquí están- dijo su hermano orgulloso señalando un estante de la última estantería. Zereg cogió uno de los libros, que inmediatamente se convirtió en un manuscrito.

-Creo que tienes trabajo. Te dejo- Ordinem se fue. La chiquilla se sentó en la mesa más cercana y se puso a escuchar su propia historia. Cuando terminó, llevó su libro a la primera sala. Cuando salió de allí, su ropa no volvió a blanco, se quedó con el morado que tenía.

-¿No te cambias?- le preguntó su hermano que salió detrás de ella.

-No veo por qué lo debo hacer. Quizás si uno empieza los demás también lo harán, y la ciudad no será tan aburrida- le respondió. Él sonrió y siguieron su camino.

Poco a poco, las calles se tintaron de colores, y los edificios fueron todos diferentes. El arte inundó la ciudad. Todos tenían el mismo secreto, y el mismo miedo.